

## CAPÍTULO XXVIII.

### JERICÓ.

**E**L abate Mariti ha reunido con mucho acierto las noticias históricas pertenecientes á esta ciudad, y ha hablado de sus producciones, y del modo de sacar el aceite del Sacon (\*). Tambien es sabido que en las cercanías de Jericó hay una fuente cuyas aguas eran salobres, y Eliseo con un milagro las volvió dulces. Esta fuente está situada dos millas mas abajo de la ciudad,

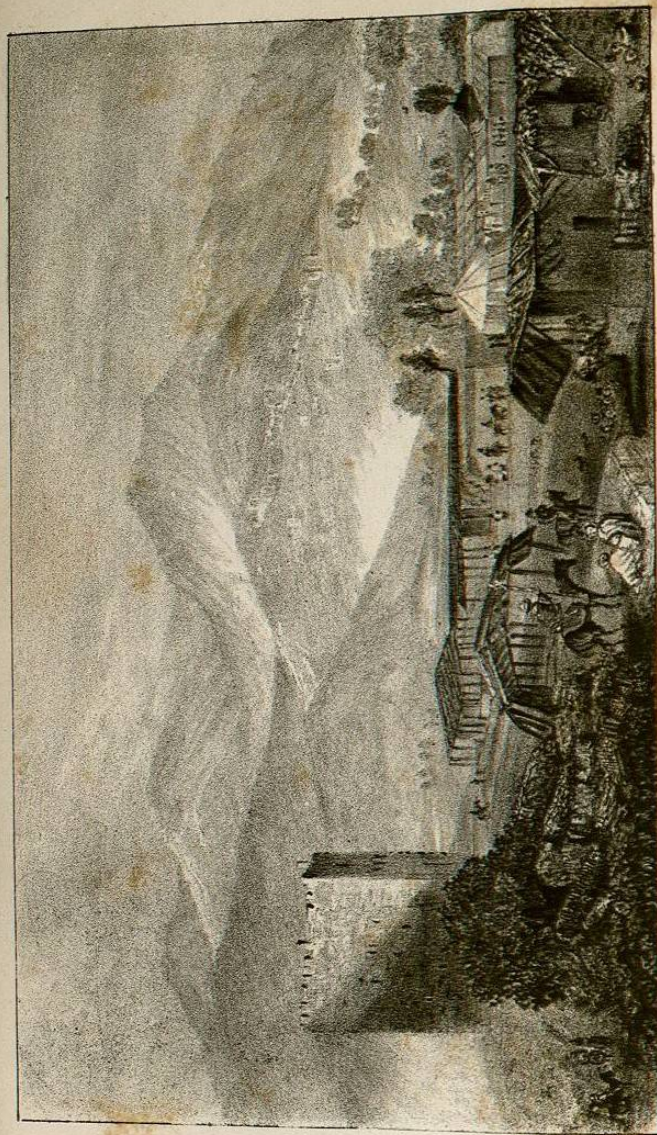
(\*) Así habla de estos árboles el Devoto Peregrino. „Tambien hay por las riberas del Jordan y campos de Jericó, unos árboles que son muy espinosos, y se llaman Sacon: la fruta que llevan son unas como aceitunas, de las cuales sale un aceite como un licor, tan maravilloso, que es mucho mejor que el finísimo bálsamo.”

al pié del monte llamado *de la Cuarentena*, por haber estado en él nuestro Señor Jesucristo orando y ayunando cuarenta dias. Se divide la fuente en dos brazos, y en sus orillas hay algunas huertas y bosquecillos de acacias, que son las que dan el bálsamo de Judea y algunos arbustos, cuyas hojas se parecen al lilas, pero cuya flor no pude ver: una de estas acacias muy vieja hace sombra á la fuente, y otro árbol que está mas abajo, encorvándose sobre el arroyo, forma un puente natural. Ya no hay rosas ni palmeras en Jericó.

He dicho que Alí-Agá era natural de la aldea de Rihha ó Jericó, y que era tambien su gobernador. Me llevó, pues, á sus estados donde sus vasallos me recibieron muy bien, y él quiso que yo entrase en un caseron viejo que él llamaba su palacio; pero me rehusé á semejante honor, y preferí comer junto á la fuente de Eliseo, que hoy se llama la fuente del rey. Pasando por la aldea vimos á un árabe joven que estaba sentado solo, y tenia plumas en la cabeza y adornos como de dia de fiesta. Cuantos pasaban delante de él se paraban á besarle en la frente y en los carrillos: me dijeron que era un novio. Sesteamos, pues, en la fuente de Eliseo: degollaron un cordero, y lo asaron entero en una gran hoguera. Dispuesto el banquete nos sentamos á la redonda, y cada uno partió con las manos lo que quiso comer. Me gustaba recordar en estos usos las costumbres de los antiguos tiempos, y hallar en los descendientes de Ismael la memoria de Abraham y de Jacob.

A la estremidad del mar Muerto donde va á echarse el Cedron, es decir, á algunas leguas de Jerusalem, el viagero encuentra la antigua ciudad de Jericó, célebre en los libros santos y cuyo nombre significa *luna*, porque su construccion figuraba una media luna, ó porque en ella se adoraba este astro. Está situada en una grande llanura que lleva su nombre, y la bañan hermosas fuentes á par que la rodean muchísimos árboles.

Fué la primera conquista de los israelitas á esta parte del Jordan. Josué, que mandaba el ejército, envió allí espías que fueron recibidos y ocultados por Rahab, cuya fé en el Dios de Israel le salvó con toda su familia. Era poblacion considerable, bien fortificada, y residencia de un rey cananeo. Pero los israelitas se apoderaron de ella de un modo milagroso, pues bastó á todo el ejército dar durante siete dias una vuelta á la ciudad, llevando por delante el arca de la alianza, y las murallas, cuya altura era extraordinaria, cayeron por sí mismas al sonido de las trompetas. Entonces penetraron por todas partes los israelitas y acabaron con la ciudad y sus habitantes, á escepcion de la casa de Rahab que fué declarada asilo inviolable. Josué lanzó un anatema contra cuantos quisiesen reedificarla, y solo quedaron en pie algunas habitaciones. Un idólatra quiso contravenir á este anatema bajo el reinado de Acab, pero todos sus esfuerzos fueron inútiles, y unos tras otros murieron sus hijos durante esta construccion temeraria. Elias y Eliseo han dado otra celebridad á esta poblacion, pues el primero salió de ella para subir



Jericó.

en un carro de fuego; y el segundo hizo en ella un gran milagro, convirtiendo en agua buena la de una fuente que era malísima.

En tiempo de los Macabeos, Jericó fué ocupada por el general del ejército de Demetrio, quien construyó en ella una buena ciudadela. Los últimos reyes de Judá se complacieron en adornarla con hermosos edificios, y Herodes el Grande fijó en ella su morada, habitando un magnífico palacio. En tiempo de Tito fué destruida Jericó, pero posteriormente Adriano la reedificó por tercera vez, de manera que en tiempo de San Gerónimo era de nuevo considerable. Habiéndose apoderado los franceses de la Palestina, el rey de Jerusalem entregó su dominio á la iglesia del Santo Sepulcro, pero con el tiempo pasó á ser propiedad de las religiosas de Betania.

Jericó es asimismo célebre porque en ella se recogía el bálsamo de Judea tan decantado, así como sus famosísimas rosas. El historiador de los judíos, Josefo, nos hace una pintura brillante de la fertilidad de Jericó que debía ser grande en su tiempo: veamos como la describe Michaud tal como es hoy dia:

La pequeña ciudad de Jericó de los árabes, está rodeada de sicómoros, de plantas de las cuales se recoge el bálsamo, y de nopales espinosos que sirven de vallado á los campos y jardines; algunos trechos de tierra están sembrados de cebada y de trigo, y no se ve una sola palmera en los lugares donde se elevaba la población á la cual dió Moises el nombre de la ciudad de las

palmas. Jericó ha perdido tambien sus rosas que han dado lugar á tan maravillosas narraciones; pero en cambio se encuentran tres clases de árboles frutales que en vano se buscarán en otras partes, entre ellos una especie de ciruelo. La mayor parte de los rosarios que se venden en Jerusalem son hechos con huesos de sus frutas, las cuales ademas dan un aceite vulnerario, sobremanera apreciado en el pais.

Oigase lo que dice Plinio del bálsamo de Judea.

El balsamo dá el mas grato de todos los olores: el único pais que lo produce es la Judea. En otro tiempo se cultivaba solo en dos jardines, uno de la estension de veinte yugadas, y el otro aun menor: ambos pertenecian al rey. Los emperadores Tito y Vespasiano lo mostraron en Roma, y ¡cosa admirable! desde el tiempo de Pompeyo el Grande, fueron llevados en triunfo. Hoy el árbol del bálsamo es esclavo, y él y la nacion pagan tributo. Los judíos en su cólera quisieron destruirlo, así como pretendieron destruirse á sí mismos; pero lo impidieron los romanos, de modo que hubo refriegas por un arbusto. Ahora el bálsamo es una propiedad imperial.... Sus ramas son mas gruesas que las del mirto. Se les hacen incisiones con vidrio, con piedra ó con hueso afilado, porque si les hiriera el hierro se secarian, á pesar de que se les pueden arrancar las partes supérfluas. El que hace la incision no debe pasar mas allá de la corteza.

Los árabes, en cuantas partes los he visto, en Judea, en Egipto, y aun en Berbería, mas bien me han

parecido altos que bajos. Su aire es varonil: son bien formados y ligeros: tienen la cabeza ovalada, la frente espaciosa y arqueada, la nariz aguileña y la mirada amorosa y tierna. Si tuviesen siempre la boca cerrada no se conoceria su agreste ferocidad; pero al hablar se oye un acento áspero y duro, y asoman unos dientes muy largos y blancos, semejantes á los de la onza y del chacal; y en esto se diferencian de los salvajes de América, cuya mirada es feroz, y su acento muy suave.

Las mugeres árabes son mas altas á proporcion que los hombres. Su aire es noble, y en sus hermosas facciones, la belleza de sus formas y el arreglo de sus velos, recuerdan algo las estatuas de las musas y de las sacerdotisas antiguas. Pero á veces estas hermosas estatuas están cubiertas de andrajos, de modo que sus perfectas formas se hallan degradadas por la miseria, la suciedad y sus penosos trabajos. Así, pues, para verlas cual las acabo de pintar, deben mirarse desde algo lejos, atendiendo solamente al todo.

La mayor parte de los árabes llevan una túnica atada á la cintura con un ceñidor. Unas veces sacan un brazo de la manga de esta túnica, y entónces están vestidos al modo antiguo: otras se embozan en una manta de lana blanca que les sirve de toga, de manto ó de velo, segun que se la rodean al cuerpo, la dejan caer de las espaldas ó la envuelven en la cabeza. Andan descalzós. Llevan por armas un puñal, una lanza ó un fusil muy largo. Las tribus viajan en caravanas: los ca-

mellos van en fila. El primero de ellos va atado con una sogá al cuello de un asno que sirve á todos de guía, y por lo mismo no lleva carga alguna y se le trata muy bien: las tribus ricas adornan sus camellos con guarniciones, banderolas y plumas.

Las yeguas son tratadas con mas ó ménos honor, segun su noble raza, pero siempre duramente. Jamas ponen los caballos á la sombra: los dejan espuestos á toda la fuerza del sol, atados á una estaca de los cuatro piés, de modo que no pueden moverse: jamas les quitan la silla: por lo comun en todo el dia no les dan mas que una sola vez de beber y un poco de cebada para pasto. Este trato tan duro no los mata, ántes bien los hace sóbrios, sufridos y ligeros. Muchas veces he admirado al caballo árabe atado de este modo en un ardiente arenal, desgreñada la crin, caída la cabeza entre sus manos para hallar un poco de sombra, y mirando de lado á su amo. Pero ¿le quitais las trabas? le montais? *Se estremece, hierve, trágase la tierra: suena el clarín, y dice vamos: y reconocereis al caballo de Job.*

Cuanto se refiere de la inclinacion de los árabes á oír cuentos es verdadero, y citaré un caso. La noche que pasamos en las orillas del mar Muerto, mis betlemitas formaron corro al rededor de la lumbre, dejando caidos sus fusiles al lado; y los caballos atados á las estacas formaban otro cerco hácia á fuera. Despues de haber tomado el café y charlado mucho todos juntos, callaron de pronto ménos el xeque. A la luz que

daba la lumbre observaba yo sus espresivos gestos, su barba negra, sus dientes blancos y las diversas formas que daba á su ropa, siguiendo siempre en hablar. Sus compañeros le escuchaban con suma atencion, unas veces inclinados hácia adelante con la cara casi en el fuego, y otras dando un grito de admiracion, ó remediando con énfasis los gestos que hacia el que contaba: algunas cabezas de caballos que salian por encima del corro y entre las sombras, acababan de dar á este cuadro el carácter mas pintoresco, principalmente añadiendo parte del paisaje del mar Muerto y de las montañas de Judea.

Si con el mayor interes habia yo estudiado á las naciones salvages de América en las orillas de sus lagos, ¡cuán diferente casta de salvages no contemplaba aquí! Tenia á la vista á los descendientes de la familia primitiva de los hombres: los veia con las mismas costumbres que conservaron desde el tiempo de Agar y de Ismael, en el mismo desierto que les señaló el Señor por herencia. Los encontraba en el valle del Jordán, á los piés de los montes de Samaria, en los caminos de Hebron, en los parages en donde la voz de Josué detuvo el sol, en los campos de Gomorra que humean aún con la cólera de Jehovah y que despues consolaron las misericordiosas maravillas de Jesucristo.

Lo que principalmente diferencia á los árabes de los pueblos del Nuevo-Mundo, es que entre la rusticidad de los primeros se halla alguna finura en sus costumbres: se conoce que han nacido en aquel oriente don-

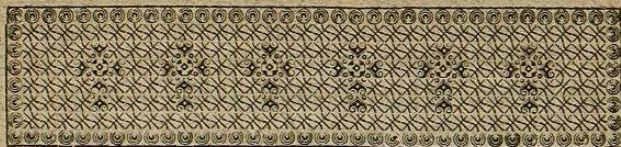
de tuvieron su origen todas las artes, todas las ciencias y todas las religiones. Oculto á las estremidades del Occidente, en un país apartado del universo, el canadiense habita en valles sombríos, poblados de eternos bosques y regados con inmensos rios: el árabe arrojado, por decirlo así, en el gran camino del mundo, entre el Africa y el Asia, vaga por las brillantes regiones de la aurora, en un terreno sin árboles y sin agua. Entre las tribus de los descendientes de Ismael se necesitan amos y criados, animales domésticos, una libertad sujeta á leyes. Entre las hordas americanas, el hombre se halla aun enteramente solo con su feroz y cruel independencia: en lugar de una manta de lana, tiene una piel de oso: en lugar de una lanza, la flecha; de un puñal, una clava: no conoce ni estima el dátíl, la sandía, la leche de camello: en sus festines quiere carne y sangre. No tegió el pelo de la cabra para fabricarse una tienda de campaña donde guarecerse: el olmo que se cae de puro viejo, le dá su corteza para su choza. No domó al caballo para perseguir á la gacela, pues él mismo alcanza al arce en la carrera. No pertenece por su origen á las grandes naciones civilizadas: no se encuentra el nombre de sus abuelos en los fastos de los imperios: los contemporáneos de sus antepasados son las encinas viejas, que aun se tienen en pié. Monumentos de la naturaleza, y no de la historia, los sepulcros de sus padres se hallan en desconocidos bosques. En una palabra, todo manifiesta en el salvage americano que aun no ha llegado a

estado de civilizacion; y en el árabe que es el hombre civilizado que ha retrocedido al estado salvage.

Partimos de la fuente de Eliseo el dia 6, á las tres de la tarde para volvernos á Jerusalem. Dejamos á la derecha el monte de la *Cuarentena* que se eleva sobre Jericó, precisamente delante del monte Abarim, desde donde Moyses ántes de morir vió la tierra de promision. Cuando entramos en los montes de Judea vimos los restos de un acueducto romano. El camino que llevábamos en aquel monte era ancho, y á veces estaba empedrado; tal vez es camino de los romanos. Pasamos al pié de un monte donde ántes habia un castillo gótico que defendia y cerraba el camino. De aquí bajamos á un valle negro y hondo, llamado en hebreo Adommin, ó valle de sangre. Habia aquí una pequeña ciudad de la tribu de Judá, y en este parage solitario fué donde el samaritano socorrió al caminante que estaba herido. Allí nos encontramos con la caballería del bajá, que iba á hacer al otro lado del Jordan la expedicion de que luego hablaré. Por fortuna, la obscuridad de la noche nos libertó de que nos viese tan mala soldadesca.

Pasamos por Bahurim, donde David huyendo de Absalon fué apedreado por Semei. Un poco mas lejos nos apeamos en la fuente donde Jesucristo acostumbraba descansar con los apóstoles cuando venia de Jericó. Comenzamos á subir el monte de las Olivas: pasamos por el lugar de Bethania, donde se enseñan las ruinas de la casa de Marta, y el sepulcro de Lá-

zaro. Despues bajamos del monte de las Olivas que domina á Jerusalem, y pasamos el arroyo Cedron en el valle de Josafat. Fuimos por una senda que da vuelta al pié del templo, y sube luego al monte Sion, á la puerta de los Peregrinos, dando para ello una vuelta entera á la ciudad. Ya era la media noche, y Ali-Agá hizo abrir. Los seis árabes se volvieron á Belen, y nosotros nos fuimos al convento, donde ya habian corrido muchas malas noticias, diciendo que nos habian muerto los árabes ó la caballería del bajá; y ya me acusaban de haber emprendido este viage con tan poca escolta, lo que atribuian al carácter imprudente de los franceses. Lo que despues sucedió manifiesta, no obstante, que si yo no hubiese tomado este partido, y aprovechado las primeras horas de mi llegada á Jerusalem, jamas hubiera podido llegar al Jordan.



SUPLEMENTO DEL TOMO PRIMERO. (\*)

## CAPÍTULO XXIX.

### MOAB É IDUMEA.

„**L**a muralla de Moab dió por tierra durante la noche, y por eso enmudeció.

„Hesebon y Elealé darán grandes gritos, y sus voces se oirán hasta Josa.

„Oiránse los gritos de Moab hasta sus confines. Llegarán sus quejas hasta Galim, y sus alaridos resonarán aun en los pozos de Elim.

„Las aguas de Dibon se llenarán de sangre, porque aumentaré el dolor en Dibon. Si hay alguno en Moab

(\*) Está tomada de la obra titulada *Jesucristo en presencia del siglo*, por Roselly.